

1. Yaguatirica encuentra al inútil de Robinson

«Estaba empapado, no tenía nada que comer ni que beber,
y no veía otro futuro ante mí que morir de hambre».

Robinson Crusoe

El mar lo arrojó contra un peñasco y perdió el sentido. Lo encontré así, tumbado en la arena de la playa. En aquel entonces no sabía que se llamaba a sí mismo Robinson. Tampoco tenía idea del infame propósito de su viaje. Viéndolo inconsciente, en peligro de ser arrastrado de nuevo por la resaca, decidí salvarlo, como haría con cualquier otro animal de la isla que está bajo mi dominio. Debía despertarlo y para eso le meé encima, aguardando que el líquido lo espabilase.

No podía saber que Jabutí estaba merodeando por el cañaveral, dispuesta a aprovechar la oportunidad de echarme una bronca. Se acercó con su cachazudo ritmo de tortuga y refunfuñó:

—¡Serás cochino! ¿Le estás meando encima?

—¿Qué quieres que haga? Tiene que despertarse.

Hacía falta que Jabutí, la tortuga, no confundiese aquella ayuda a un animal en peligro con la forma que tengo de marcar mi territorio, de avisar a los demás: ¡Prohibido pasar!

—¿Para qué quieres que se despierte? El mar lo ha traído, deja que el mar se lo lleve.

Para Jabutí esta frase ya era demasiado larga.

—Si las olas lo arrastran hacia el mar, morirá ahogado —dije yo—. Los animales de la isla están bajo mi responsabilidad y debo cuidarlos. Soy el rey de la isla. Algunos me llaman Tigre.

—Tigrillo.

Ya he dicho que Jabutí es animal de pocas palabras. Y siendo la más antigua de la isla se cree autorizada a darle lecciones a cualquiera. A veces es un tanto impertinente.

—Como quiera que sea. Tigre, Onza y yo somos primos. Felinos para ser precisos.

—Solo que Onza pesa ciento cincuenta kilos y tú tres y medio.

—¿Se mide en kilos la valentía? Y no me vengas con historias. Estábamos hablando del náufrago, no de mí.

—Un tinga no va a traer más que problemas.

Ya veis, fue Jabutí quien le puso nombre: Tinga, blanco, por el color de su piel que era el de la leche (Aymberé, la lagartija, dice de leche hervida, pero yo nunca he visto hervir leche). En ese momento, Tinga estaba a punto de no ser llamado nunca de ese modo, pues Jabutí se oponía a que se quedase en la isla. Y por si no tuviese bastante con la tozudez de Jabutí, escuché una voz que murmuraba en la espesura:

—Tingaaa es crueel. Tingaaa mata a las marmositas por plaaacer.

Era Marmosa, el pequeño marsupial de anteojos negros que, a estas horas del día, debía estar durmiendo. Todavía hablaba bostezando, como si no se hubiera despertado del todo. Marmosa quería decir que entiende que yo me los coma a veces, pero no que los hombres blancos los maten sin motivo. Llevaba razón en lo tocante a la crueldad de Tinga, con

las marmosas y con los humanos, mas yo lo ignoraba.

Una ola se estrelló en el peñasco y el cuerpo de Tinga quedó sumergido en el agua. Cuando se retiró la ola vi con alivio que seguía sobre la arena. No había tiempo que perder. La próxima podía ser mayor.

—Hay que convocar la asamblea de la isla —dije—. Que los araras, los papagayos llamen a todos a juntarse bajo el árbol de la macaúba.

Los papagayos tienen la misión de transmitir los mensajes por toda la isla. Gritan ¡Asambleea! ¡Asambleea!

Si la marea estuviese subiendo, con asamblea o sin ella, sería el final de Tinga. Pero afortunadamente estaba bajando, las olas cada vez batían más lejos de su cuerpo. No corría peligro... ¿No corría peligro?

¡Croc!

El coco descargó un golpe seco en la cabeza de Tinga. Miré hacia la punta de la palmera y solo vi un remolino de hojas. No podría asegurarlo, pero diría que, adormilada y todo, Marmosa estaba

tomando medidas. Tinga no se iba a despertar en un buen rato.

A los animales de la isla les fastidia que los saquen de sus ocupaciones —a los diurnos— o de su reposo —a los nocturnos— para juntarse bajo la macaúba. A primera hora de la tarde el calor aprieta, las hormigas cavan más hondo en la tierra buscando el fresco, y hasta las cigarras interrumpen su canturreo y duermen la siesta.

—Brrrrrumm, brrrum —zumbó Cacira, la avispa que es capaz de asestar los agujonazos más dolorosos de la isla—. ¿Quién molesta?

Adelantándome a Jabutí, tomé la palabra:

—¡Oh habitantes de la hermosa Itajubá! El mar ha dejado en nuestra playa un pobre animal herido. Solicito vuestra aprobación para cuidarlo.

—¿Qué clase de animal? —preguntó Aymeré, la lagartija, siempre desconfiada—. ¿Un animal con escamas, pequeño, cariñoso? ¿O un animal grande, arisco, con garras que rompen la cola de las pobres lagartijas?

—¿Qué animal, Yaguatirica? Di qué animal es —silbó Arara.

Y todos los papagayos entonaron a coro:

—¿Qué a-ni-mal? ¿Qué a-ni-mal? Di qué a-ni-maal.

—No tiene garras —dije yo, conciliador, ocultando las mías bajo las patas—. Aunque yo no veo qué tienen de malo las garras.

—No tengo nada en contra de tus garras —intentó arreglarlo Aymberé, la lagartija—. Pero es suficiente con esas garras, No necesitamos más en la isla. Ni Tigre ni Onza.

—Es un animal humano —dije yo—. No tiene garras... ni escamas. Su piel está desnuda como la de una lombriz. Es un pobre náufrago.

—¡Náufrago! ¡Náufrago! —canturrearon los grillos—. ¡Qué bonita palabra! Yo también quiero un náufrago, náufrago.

—Náufrago sí —concedió Jabutí— pero no pobre. En cuanto se despierte ya verás como...

Nos quedamos sin saber lo que temía Jabutí para cuando Tinga se despertase, pues un fuerte rugido la interrumpió.

—¡Grrraumm!

Y con esta carta de presentación, Airuman saltó desde las ramas de la macaúba al centro del claro.

¡Airuman! Es, como yo, una pequeña tigresa. Pequeña porque, según Jabutí, pesa poco más de tres kilos. Pero tiene un no sé qué, que concentra en ella todas las miradas. Su pelaje es dorado, con manchas oscuras que son como las mías pero distintas, más elegantes. Cuando se despereza, el mundo deja de dar vueltas. Y si pestañea, siento un remolino en la barriga como peces brincando en el río. Parece que fue ayer, era una cría que interrumpía mi caza por la selva sin que le prestase atención. Ahora daría cualquier cosa porque me mirase pestañeando.

—¿A qué viene tanto barullo? —dijo.

—Tinga —informó Jabutí—. Yaguatirica quiere que acojamos a un tinga.

—Un tiiinga que matará marmosas —dijo Marmosa, sin bajarse de la macaúba.

—No ha de matarlas —dije—. Es un infeliz, un náufrago que no tiene madriguera a dónde ir. En cuanto descanse y lama sus heridas volverá al

mar. ¿O habéis visto alguna vez un animal humano que se quedase en la isla?

—¿Empeñas tu palabra en que no matará marmosas? —preguntó Marmosa.

—Empeño, sí. Bien sabes que los humanos son muy torpes para subir a los árboles. Sobre todo los de color blanco, los tingas.

—¿Podré agujionarlo si espachurra uno de mis nidos? —preguntó Cacira, la avispa.

—Eso es un asunto entre él y tú. Si le largas un agujionazo, yo no lo voy a defender. Lo único que estamos acordando es que se quede por un tiempo en la isla, mientras se recupera.

—Yo doy mi aprobación —dijo Cacira— y la de todos los míos, las avispas. Pero que ande con cuidado, pues estamos autorizadas a agujionarlo.

—Yo también doy mi aprobación —dijo Aymeré, la lagartija— y la de todos los míos. Los tingas no comen lagartijas ni tienen garras. A pesar de todo, preferiría un naufrago con escamas.

La sapa Cururú, la más sabia de los animales de la isla, nada dijo, pero asintió con la cabeza.

También los grillos, las hormigas y las cigarras dieron su aprobación. Y tras ellos, araras y tucanes, ratones y ardillas. De modo que, a pesar de que Jabutí votó en contra y de que Marmosa seguía refunfuñando, la asamblea de Itajubá acordó que Tinga fuese acogido en la isla. Me esponjé con orgullo, pensando que Airuman me contemplaría admirada. Pero ella, acabada la reunión, desapareció entre las hojas de la macaúba.

Yo rebosaba satisfacción por mis éxitos. No tenía idea de los líos en los que me estaba metiendo.

De estos acuerdos Tinga nada sabía y continuaba tumbado en la arena sin dar señales de vida. Me acerqué a él y me disponía a mearle otra vez, cuando comenzó a moverse y, un momento después, se sentó en la arena pasándose la mano por los ojos. Yo, por si acaso, me retiré por detrás del cañaveral para observarlo.

Se puso en pie y miró alrededor. Recorrió la playa de un extremo a otro dando muestras de

pesadumbre: revolviéndose los cabellos y agitando los brazos.

—¡Sin nada que comer! —murmuró inquieto—. Voy a morirme de hambre.

¿Morirse de hambre en nuestra isla? Me pregunté si estaba ciego, mas el que no sabe es como el que no ve. Junto a la playa crecían palmeras, árboles y arbustos cargados de frutos sabrosos: cocos, dulces caimitos, guayabas, buritis de palmera, piñas, dicuris de cocotero, açáis y rojas pitangas, castañas de sapucaia y cientos más de las muchas frutas que nuestra selva de la Mata Atlántica ofrece a quien tiene hambre. Incluso los frutos de la macaúba son comestibles o eso cuentan.

Eso cuentan pues yo de todo esto nada como, las hierbas no me gustan. Con todo, una vez que estaba descompuesto, comí guayaba para curar la diarrea y me supo bien. Pero una vez curado, seguí con mi dieta de... bien, ya sabéis lo que comemos los tigres.

Sin embargo Tinga, no siendo capaz de distinguir estos frutos, o creyendo que todos eran

venenosos, se conformó con beber un poco de agua de un arroyuelo que desembocaba en la playa y mascar un bocado de tabaco. Después subió a un caimito y, rodeado de frutos, se preparó a dormir, tan hambriento que sus tripas rugían. Era como si un tigre se echase a dormir en medio de una camada de ratones y ardillas diciendo que no tenía nada que comer. Absurdo, como tantas otras acciones de él que más tarde habrían de sorprenderme. Por el momento, como estaba cayendo la noche, entré en la selva, pues debía buscarme la cena. Tanto pensar en lo que podía comer Tinga me había causado una enorme gazuza.

Cuando al día siguiente bajé a la playa, lo primero que me sorprendió fue divisar el barco muy cerca de nosotros. En su proa se leía el nombre, *Desolação*, «desolación», que no podía ser más adecuado para su perverso fin. De forma que el temporal no había sido capaz de hundirlo. Tinga debía de haberse percatado de ello, pues estaba quitándose parte de su ropa, disponiéndose a

nadar hacia él. Tardó varias horas en regresar y, cuando lo hizo, fue a bordo de una balsa, armada con los mástiles y otros maderos del barco, en la que transportaba algunas cajas y arcas que supuse llenas de comida. Con certeza llevaba los bolsillos llenos de un pan seco, que según aprendí después llamaba galleta, y del que sacaba a cada momento un pedazo para comer. Cómo alguien rodeado de piñas jugosas, frescos cocos y sabrosas guayabas prefiere comer pan duro, es un misterio que aún hoy no soy capaz de comprender.

Abrió una de las arcas y sacó de ella un par de pistolones que se metió en el cinturón, el cuerno de algún animal desconocido en nuestra isla, que llenó con un polvo grisáceo, que supuse sería pólvora, y una enorme escopeta. Así armado, como si fuese a conquistar una fortaleza, entró en la selva y empezó a disparar al aire.

¡Qué algarabía de pájaros! Con el estallido de los disparos, las aves dejaron el refugio de las ramas de los árboles y comenzaron a revolotear sobre la cabeza de Tinga. Saíras y papagayos,



colibrís, tucanes, y surucuás insultaban a quien perturbaba su trabajo.

—Moco-amarillo-del-bisabuelo-del-zorro —dijo el tucán de pico verde—. Si te encuentro otra vez en la playa he de empujar tu cuerpo al agua.

Marmosa asomó su hocico rosa entre las hojas de la sapucaia para pedirme cuentas. Parecía que en sus ojos negros, siempre húmedos, brillaba una lágrima.

—¿Fuiste tú, Yaguatirica, quien empeñó su palabra en que no iba a matar Marmosas? Lo primero que hace es ir al barco a por escopetas y andar a tiros.

—Todavía no ha matado a ninguna...

—Solo porque es muy mal tirador —contestó ella.

Sin preocuparse por los insultos de los pájaros, que probablemente no entendía, Tinga continuaba pegando tiros al aire. Aunque no consiguió derribar ningún pájaro, al final un tiro debió de acertar en el cocotero que estaba precisamente sobre él.

¡Croc!

El coco golpeó la cabeza de Tinga que cayó redondo al suelo.

Los pájaros volvieron a sus nidos. La selva recuperó, no el silencio, pues casi nunca está silenciosa, sino sus murmullos. Marmosa se refugió de nuevo entre las hojas de la sapucaia.

Yo, enfadado, decidí que si subía la marea y se llevaba a Tinga, no sería yo quien lo impidiese. Entre tanto, por si acaso, me acerqué a la caja en la que guardaba la pólvora y le eché una buena meada. Pocas cosas hay tan inútiles como la pólvora mojada. Aunque para inútil, Tinga, que al parecer en otra isla se llamaba a sí mismo Robinson.